



ALGUNA VEZ FUIMOS PÁJAROS

Paul Brito

Al principio los mismos negros eran vendidos a punta de pregones. Los mercaderes salían a anunciar por las calles y plazas más céntricas de la ciudad las ventas de piezas y subastas de lotes que se realizarían al pie de las murallas. Luego, en un espacio rodeado de estacas, los exponían rapados, desnudos y untados de aceite, y los obligaban a flexionar las articulaciones, hablar y reír. El contramayor de la factoría hacía sonar una bocina y pregonaba la excelencia de cada espécimen. Entre los compradores había frailes, curas, oficiales de uniforme y damas de rango. Les pellizcaban las carnes y los más entendidos los cataban pasando el dedo índice por la piel sudorosa y llevándose el dedo a la boca. Entonces, el mismo pregonero de antes pronunciaba las posturas de cinco en cinco o de diez en diez pesos. En los archivos de la Inquisición están registrados algunos de esos pregones para la venta de esclavos en la plaza de Cartagena, como este fechado en febrero de 1695: «Por estos nueve esclavos, chicos y grandes, varones y hembras, de la forma en que están, dan dos mil cien pesos a pagar al contado, pues no hay quién puje ni quién dé más, a la una, a las dos, a la tercera, qué buena, qué buena, qué buena prole haga a quien los tiene puestos».

Regina Elena Romero Payares es descendiente de esos negros que hace más de tres siglos arribaron a Cartagena de Indias encadenados y provenientes de África Central y Occidental. Nació en 1922, apenas 70 años después de abolida la esclavitud, por lo que muy seguramente su abuela o bisabuela aún tenía frescas las marcas de la infamia. Hoy tiene 94 años y, frente a la avalancha de cremas, rinses y bálsamos del mercado, es quizá una de las últimas vendedoras pregoneras de manteca negrita, una sustancia aceitosa producida artesanalmente a partir de la semilla del corozo, que sirve

para desenredar y darle brillo a los cabellos negros y ensortijados de las mujeres de su raza.

Regina nació en Santa Ana, una población de Barú, pero sus padres tenían más hijos de los que podían sostener y decidieron dejarla al cuidado de su madrina en el viejo Chambacú, un barrio ubicado en las afueras de Cartagena, desaparecido en 1971 por uno de los proyectos de erradicación de tugurios más grandes de Colombia, tras del cual sus moradores terminaron diseminados en otros barrios no menos pobres de la periferia, como Olaya, La Loma, San Francisco y Nuevo Paraíso. En este último es donde vive actualmente Regina y donde últimamente, por su edad, se limita a vender su producto y pregonarlo.

—Manteca negra, manteca negrita, manteca'e pepita, para que se unten arriba pero también en la chuchita —anuncia Regina con esa voz estentórea pero también con un timbre nasal que desarrollan instintivamente los vendedores ambulantes para evitar el desgaste de las cuerdas vocales y la aparición en ellas de nódulos que son como callos y que a veces derivan en tumores malignos.

—Ahí ya viene la repelente de Regina —dicen los vecinos con una sonrisa de complicidad al escuchar sus vulgaridades.

Uno piensa, al primer impacto, que el empleo de esos términos ordinarios no tiene valor o significado cultural, pero si uno se pone a investigar y a reflexionar, llega a la conclusión de que tienen un trasfondo simbólico y colectivo. El pregonero era antiguamente en España y sus colonias el oficial público que en alta voz, con términos acartonados y tono solemne daba difusión a importantes comunicados. En contraposición, para desmarcarse de él, parodiarlo y burlarse de su poder hegemónico, el pregonero popular, tanto el que daba inicio a las fiestas del vulgo o el que lue-



go salía a vender sus productos en las calles, recurría a un lenguaje desfachatado y soez, al alcance de todos. «La plebeyez está en la boca y en la corporalidad de los subordinados —afirma el cronista cartagenero Juan Carlos Guardela—. Esta plebeyez de alguna manera se **rebela** en grosería, en esperpento; se afila, se afina y se convierte en riposta social. Se trata de una resistencia ejercida desde los habitantes marginados por siglos a una vida espuria. Así, lo bien dicho **versus** lo mal dicho nos narra una historia inédita».

A la luz de esos antepasados sometidos a leyes oficiales que los atropellaban y de las voces educadas con que enmascaraban el acto indigno e indecente de traficar con ellos, era comprensible que en sus propios pregones los negros rompieran con aquel código hipócrita y refinadamente cruel, y comenzaran a pregonar sus propios asuntos con palabras salidas de tono, desnudas, sinceras, que no rendían pleitesía a los solapados lineamientos oficiales y las ladinas reglas sociales. Y era comprensible también que sus descendientes siguieran reafirmando esa insolencia, teniendo en cuenta que más tarde, con la misma corrección verbal y elegancia legal, les eran usurpadas sus tierras a través de procesos de erradicación de tugurios que finalmente se convertirían en proyectos privados.

El periodista y escritor Juan Gossáin me cuenta una anécdota que refleja ese contraste entre la corrección lingüística de la clase alta y la sabiduría deslenguada y vernácula de los vendedores ambulantes. La leyenda urbana cuenta que un caluroso día iba pasando un carretillero afrodescendiente por la plaza de Santo Domingo en Cartagena vendiendo frutas:

—Llevo plátano amarillo, verde, maduro; llevo ñame arrancao ayé, naranja de San Andrés. Llevo melones, patillas, papayas y hicacos.

En eso se asomó desde una ventana del quinto piso del edificio Cuesta, un insigne intelectual cartagenero que solía presentarse a sí mismo con la etiqueta pomposa y casi redundante de «historiador conservador», y le pidió al vendedor que subiera inmediatamente. Este le preguntó si quería que le subiera alguna compra y el ilustrísimo señor solamente le insistió en que por favor subiera, que tenía algo importante que decirle. El vendedor, de todas formas, metió en dos sacos plátanos, ñames, melones, patillas e hicacos, para que el señor escogiera lo que quisiera.

Cuando el carretillero llegó sin aliento al quinto piso, con los dos sacos pesados, lo recibió el erudito con mucha educación y un regaño pedagógico:

—Señor vendedor, se preguntará por qué lo hice subir hasta mi vivienda. Era menester subsanar un gravísimo error que he detectado en su gramática. Por favor, no me agradezca puesto que lo hago con mucho gusto, no faltaba más. No se dice: «Llevo melones, patillas, papayas y hicacos», se dice: «Llevo melones, patillas, papayas ¡e hicacos!».

El vendedor se lo quedó mirando y le preguntó si no le iba a comprar nada.

—No, gracias, era solamente para hacerle el favor ortográfico, máxime cuando por su ambulante actividad laboral estaría difundiendo una forma a todas luces incorrecta.

—Está bien, doctó, muchísimas gracias, déjeme decirle que es usted un señó muy sabio, generoso... ¡e hijue...!

Las groserías de Regina tampoco son gratuitas. Al corozo y a su semilla en realidad se le atribuyen poderes curativos en problemas vaginales. Y no solo eso, su radio de acción se extiende a otras áreas del cuerpo: combate la asfixia, la inflamación e incluso los cólicos, los piojos, las garrapatas, el pujo y hasta sirve como purgante. No es extraño viniendo de una planta tan dadivosa de la cual proviene más de la mitad de la música y el folclor de la Costa Caribe colombiana: de sus ramas salen la guacharaca y la flauta de millo, y con ella también se crean los armazones en las construcciones de bahareque, las correas en las cubiertas vegetales, aceite para cocinar y bebidas alcohólicas.

—Una pila de corozo le vale cinco. Otra pila más grande le vale diez. Corooozos se vende por cinco; corooozos se vende por diez —es un pregón que aún rueda a diario, sobre todo en los barrios del extrarradio de la ciudad.

Aunque vengan de un mismo árbol, aunque estén hechas del mismo material, las monedas permiten fijar el precio de las cosas gracias a una cierta relación de proporción con las riquezas, pero sobre todo a cierto poder de

hacerlas circular. El lenguaje y la venta ambulante se mueven en la misma dirección.

—Señor Vallenato, ¿en qué salió la Palmera? —le decía mi abuela a un vendedor de lotería, intercambiando los nombres sin querer o queriéndolo en el fondo.

El lenguaje, como el dinero, no se queda quieto; está obligado a moverse, a renovarse. Es como una bicicleta que, para no perder el equilibrio, debe mantenerse en movimiento, avanzar, buscar más terreno. El lenguaje juega consigo mismo, con sus límites, trueca sus funciones y mezcla sus niveles de significación: se ensancha. Es un comercio constante y sonante. Ninguna lengua sobrevive debajo del colchón: se termina enmoheciendo o gastando más rápido. Al igual que las monedas, hay que manosearlas, invertir las, ensuciarlas en los extramuros de las instituciones y las academias, cambiar las palabras por cosas que siempre están más lejos de ellas y cambiar las cosas por nuevas palabras, nuevas monedas, nuevos giros y expresiones. Hay que sacar la riqueza a la calle, ponerla a convivir con la pobreza, gastar los zapatos para comprarle nuevos.

«Las cosas toman valor por su relación entre sí —afirma el lingüista y filósofo Michel Foucault—; el metal solo permite representar este valor, del mismo modo que un nombre representa una imagen o una idea, pero no la constituye». La publicidad tiene el poder de reafirmar o aumentar ese valor abstracto, representativo. El vendedor ambulante lo sabe desde el momento en que convierte las cosas en pregones y los pregones en juego, en ilusión, en picardía, en intercambio incansable, en poesía, en notas musicales. Los compositores y cantantes cubanos, que siempre han sido grandes pregoneros, han capitalizado universalmente ese poder simbólico al convertir literalmente los pregones en canciones inmortales. El ma-

nisero, El yerberito moderno, Frutas del caney y El camarero hoy circulan por todo el Caribe, Latinoamérica y el mundo entero como moneda corriente.

Al igual que esas canciones quedaron adheridas a la memoria colectiva y el inconsciente universal, en los barrios Pie de la Popa y Pie del Cerro de Cartagena de Indias es muy recordado el melodioso y pegajoso pregón de Luis Mármol Utría, oriundo de Higuieretal, Bolívar, y mejor conocido como «el griego»:

*¿Es que no me oyen o es que no me ven?
Llegó el griego vendiendo griegas.
Vengo de Atenas para que se las coma
con un vaso de avena y traen bocadillo
para que les jueguen en los colmillos.*

El idioma griego es, a propósito, un buen ejemplo de cómo el comercio y el movimiento tienen mucho que ver con la manera en que se forman y se desarrollan las lenguas. «Fueron los mercaderes de Fenicia, los aventureros de Frigia, de Macedonia y de Iliria, los gálatas, los escitas, los grupos de exilados o de fugitivos, los que cargaron el primer fondo del idioma griego con tantas especies de partículas innumerables y tantos dialectos», explica el abate Noël-Antoine Pluche.

La misma Regina, a quien la gente llama irónicamente La Muda, se la pasa todo el día hablando y bromeando como si viviera en medio de un mercado persa.

—Bollitos, bollos sabrosos, con coco, azúcar y anís —pasa en cierto momento una vendedora palenquera con su pregón cadencioso—. Prefieranme a mí, muchachos, que vengo de Gimaní... ¡Bolloooo!

Y Regina, que no deja escapar una, contesta enseguida:

—Te puyo el hoyo.

Seguramente ese instinto natural por la rima y su intercambio permanente, esa vocación por el trueque y por llamar a las cosas por su nombre, la hizo cambiar de esposo hace cincuenta años cuando no era para nada bien visto.

—Señora Regina, ¿por qué cambió al padre de seis de sus hijos? —le pregunto.

—Porque era malo —responde sencillamente.

—¿Malo por qué? —replico.

—Se gastaba la plata.

—¿Y el que vino fue mejor?

—No, qué va, ¡peor!





En esos cincuenta años desde que dejó a su marido por otro, la publicidad también ha cambiado mucho y ha canjeado parte de su registro oral por el visual, ante el acelerado crecimiento de las ciudades a lo ancho y alto.

Justo en eso voy pensando cuando camino por la ciudad amurallada en busca de otros pregoneros. Sentada en la plaza San Diego, encuentro una tradicional vendedora de frutas, con su color de piel negro profundo y su bello y colorido vestido sembrado de patillas, echándose maquillaje y emperifollándose en una especie de ritual para comenzar a vender y pregonar. Me parece por un momento una flor silvestre tratando de atraer a las abejas para que le ayuden en su polinización. Tiene una flor roja en la oreja, los labios encendidos de carmín y un lazo del mismo color adornando su cabello brillante (seguramente usa manteca negrita). Entonces pienso que quizá el pregón visual ya estaba encarnado desde mucho antes en las pregoneras de siempre, quizá fueron ellas las que inspiraron los anuncios de neón.

A su lado, la negra palenquera tiene una ponchera colmada de frutas de todos los colores: guineos, mangos, fresas, patillas, melones, corozos, que resaltan bajo la suave luz de la mañana. Se llama Juliana y es tía de Uriel Cassiani, un poeta palenquero a quien conozco, autor entre otros libros de *Alguna vez fuimos árboles o pájaros o sombras*.

Me quedo pensando en ese bello título, que de pronto cobra para mí nuevos significados. Juego a deletrear sus palabras y su cadencia mientras me alejo de ese lugar donde alguna vez pregonaron también la venta de un tatarabuelo de Uriel y donde alguna vez los indios karmairí pregonaron sus cantos y rituales, y donde antes, mucho antes, el viento pregonaba solamente el fresco de la alborada, sin ninguna muralla como obstáculo. Porque alguna vez fuimos pájaros y también la brisa marina que cantaba entre las ramas y las ramas de una palma de corozo a la espera de que alguien pregonara sus bondades.

BIBLIOGRAFÍA

FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1968.

Hemerografía

GUTIÉRREZ AZOPARDO, Ildefonso. *El comercio y mercado de negros esclavos en Cartagena de Indias (1533-1850)*. Madrid: Revista Universidad Complutense de Madrid, enero de 1987.

GUARDELA, Juan Carlos. *Origen y hervor de la plebedad*. *Cartagena*: periódico El Universal, blog La tierra del cangrejo, 27 de febrero de 2015.

Entrevistas

ROMERO PAYARES, Regina Elena (vendedora ambulante y pregonera de manteca negrita). Cartagena, diciembre de 2016.

GOSSAÍN, Juan (escritor y periodista de El Tiempo). Cartagena, diciembre de 2016.

CASSIANI, Juliana (vendedora palenquera de frutas). Cartagena, diciembre de 2016.